

LOS DOS TIRANOS CAIDOS

EDUARDO HARO TECLEN

QUIZA se sepa ya a estas horas que Idi Amin Dada está refugiado en Libia. Huésped incómodo; no tanto como lo ha sido el Sha en Marruecos —el Sha es el objetivo de todo el revolucionarismo islámico—, pero impopular y difícilmente utilizable. Tampoco lo es, por ahora, el Sha. Es imposible pensar, en estos momentos, que ninguno de los dos vuelvan a regir los destinos de sus países; pero no hay que olvidar que la política es siempre imprevisible. No era fácil, hace nada tiempo, suponer que Egipto iba a aliarse a Israel frente a sus "hermanos" árabes. Son estas sorpresas las que hacen la Historia, aunque un racionalismo a posteriori puede ofrecer una sensación de continuidad.

La casi simultaneidad de la caída de los dos tiranos, y el ámbito geopolítico en el que han actuado, fuerzan las posibilidades de una comparación. Y resaltan algunos datos de la falsedad moral de nuestro tiempo. Lo que realmente separa a Idi Amin de Reza Pahlevi es una cuestión de educación, maneras y elegancia. Aún parece prevalecer el emblema de la sociedad británica victoriana, "manners before morals": el predominio de un comportamiento social pulido sobre las referencias morales al bien y al mal. El Sha, dinástico y distinguido, culto y elegante, no podía ser comparado con el antiguo boxeador Amin Dada, vulgar y grosero. Sin embargo, los dos reposaban sobre montones de cadáveres, de libertades rotas, de humillaciones a sus pueblos, de riquezas personales. El Sha cenaba en la mesa de los grandes —reyes y jefes de Estado— y Amin Dada les ofendía, porque les quería hacer sus iguales. Las cartas, los telegramas, las

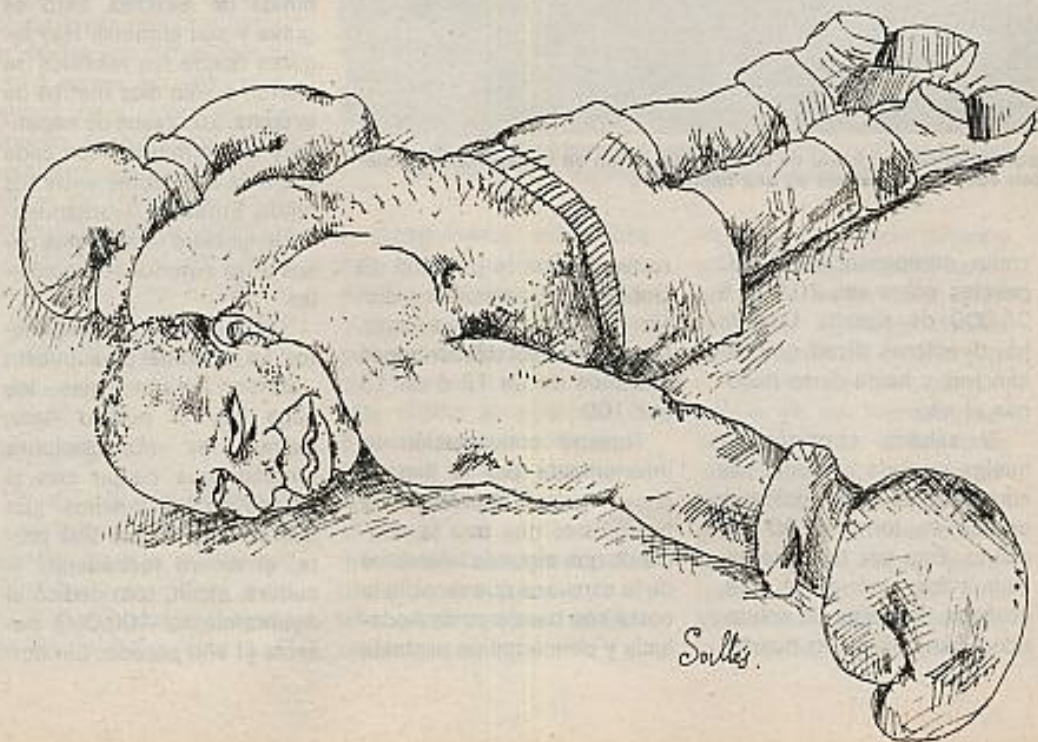
frases de Idi Amin dirigidas a los grandes jefes de Occidente tenían la virtud de ridiculizarles. Era imperdonable, como se dice en sociedad.

Había, naturalmente, más. El Sha del Irán era un agente de Occidente y de Israel, el mariscal Amin, un enemigo. Todo esto configura, en nuestro tiempo, el aspecto externo de las tiranías. Y el aspecto externo de las diferencias se recalma más aún, pasado ya lo que ha pasado, con las sucesiones. La del Sha es bronca, ruda, sangrienta; la de Amin Dada es —o va a ser, si pasan los primeros momentos de venganza y de represión— universitaria, serena, piadosa y democrática. Seguimos dentro de una cuestión de maneras. Irán las ha roto. Ni siquiera tiene el pudor videlista de dejar que las víctimas las hagan los "incontrolados", de producir la gran depuración por la vía de "desapariciones misteriosas", mientras proclama otros principios: el nuevo régimen las asume aludiendo a unos "tribunales islámicos" que inculpan directamente al Go-

bierno y a la jerarquía religiosa; las produce de una manera repugnante —si son ciertas las acusaciones occidentales— disparando poco a poco sobre el condenado, primero sobre sus partes no vitales. Las acepta diciendo que forman parte de la revolución, y que las revoluciones son así. Lo cual no siempre es exacto. La misma revolución rusa dudó mucho y discutió mucho antes de ejecutar a Nicolás II y a su familia. Y la revolución del Irán no está enteramente conforme con el desarrollo de lo que está sucediendo. Las dimisiones de personajes del Gobierno de Bazargan entre el sábado y el domingo, y la incomparecencia del "ayatollah" Taleghani, a quien se considera como un elemento "moderno" dentro del régimen (sus dos hijos han sido detenidos), los intentos de manifestación pública y resistencia activa de grupos de izquierda, indican que dentro mismo de la revolución hay otras opciones. Lo cual tampoco es nuevo en este tipo de movimientos y se produce casi sistemáticamente, hasta

hacer famosa la frase de que "la revolución devora sus hijos": la base es que los elementos unidos para una revolución no siempre están movidos por el mismo ánimo y los mismos objetivos.

Así en la prensa occidental la figura drástica, abrupta, la imagen arcaica, la política intolerante e iluminada de Jomeini sustituye ya, en la línea de las malas maneras, a la de Idi Amin Dada, mientras que éste se ve sustituido a su vez por un grupo de hombres de buenos principios, a partir del doctor-profesor Yusuf Lule, con su pasado universitario en Gran Bretaña —donde conoció a Nyerere, el Presidente tanzano que ahora le ha zado al poder—, con su conversión básica al cristianismo, sus discursos dulces y sus invocaciones a la democracia, con su presentación de "servidor, y no amo, del ciudadano". Lo cual disfraza que lo que ha sucedido en Uganda ha sido una revolución, también, y con ayuda exterior; que esta ayuda exterior establece un precedente peligrosísimo (hasta ahora, Africa sólo te-





El Sha, hoy objetivo de todo el revolucionarismo islámico, impopular y ya difícilmente utilizable.

nía un principio posible para evitar los conflictos: el respeto a las fronteras coloniales, por injustas e irracionales que fuesen; cierto es que el propio Amin Dada lo había roto atacando en primer lugar a Tanzania; que Lule se ha convertido en Presidente sin ninguna consulta al pueblo y que su Gobierno está prácticamente dividido ya, como el país mismo. Y se disfraza también que las primeras ejecuciones sumarias se están produciendo en cantidades no conocidas; cristianos contra musulmanes, tribus contra tribus. El destino de Uganda no está claro en lo inmediato. Pero es injusto culpar a los que acaban de heredarla: se han quedado con un país de economía destrozada por la mala administración, pero sobre todo por la corrupción a partir del propio mariscal y de su voraz familia; con unas clases cultas diezgadas por una tiranía que odiaba en primer lugar todo lo intelectual, y en segundo lugar, todo lo occidental, cuando durante decenios y decenios la única posibilidad de educación y de formación técnica ha venido de Occidente. El cual, a su vez, fue culpable de otros grandes

destrozos: la formación artificial del país —incluyendo tribus rivales— y de sus fronteras nacionales —separando, por razones coloniales, sectores de vida natural—; la creación de una economía en función de la de la metrópolis y no de la de su necesidad; la limitación de los niveles educativos para perpetuar la mano de obra cuasi esclavista. Todo esto, lo que fueron las colonias pasadas por distintas manos, lo que fue el terrible régimen de Idi Amin Dada, las separaciones tribales, las guerras de religiones —animistas, musulmanes, cristianos; estos dos últimos y a su vez divididos sectores, frutos de la colonización y de la in-

lestina. Un apoyo perdido para los palestinos, por la vía de los libios. Libia y la OLP fueron los únicos que trataron de ayudar a Idi Amin. Eso sí, de una manera vergonzante, porque su impopularidad ganaba a todos. Un punto importante, frente a las zonas de influencia de la Unión Soviética.

Causas a las cuales Idi Amin ha prestado el peor servicio, al relacionarlas con su figura. Al envolverlas con este manto de sangre, burla y corrupción que impiden ver que ha sido derribado en el momento preciso y por las potencias precisas, y que el nuevo régimen comienza ya a ser nutrido por los Estados Uni-

de dólares, y las armas necesarias. Y la impunidad. En la cual ha representado un gran papel el carácter odioso de la figura del mariscal Idi Amin Dada. Si hay aquí un desastre para ciertos intereses islámicos, para la independencia africana, para los principios mismos de Africa, se deben en primer lugar a la creación de ese régimen. Si los hubiera en el Irán, o si termina precipitándose en una guerra civil, habrá que pensar también en el rostro del ayatollah Jomeini como parte protagonista.

La realidad es que si la fórmula de "manners before morals" responde a una clínica de imperio y de dominio, de los poseyentes exclusivos, por



Yusef Lule llega a Kampala dispuesto a jurar su cargo como sustituto de Amin.

fluencia exterior— va a parar a un Gobierno que también ha estado unido en la oposición a la tiranía —como la revolución iraní, como todas las revoluciones—, pero que tiende a la disgregación: hay representantes de tribus enemistadas, de religiones enfrentadas, de distintas opciones políticas. Hay marxistas, hay monárquicos, hay occidentales, hay partidarios del regreso a la Commonwealth con todos los honores.

¿Qué va a producir todo esto? En principio, una plaza ganada para el mundo occidental, una plaza ganada para la política de Carter en Africa y más arriba, en la cuestión Israel-Egipto-Pa-

dos: la ayuda americana, que había sido suspendida, vuelve. Van a volver técnicos y consejeros. Mientras tanto, la paz y el orden están sostenidos por los tanzanos; tampoco debemos dejar de ver que es un ejército expedicionario que ocupa otro país. Y que si Tanzania se ha gastado, como se dice, un millón de dólares diarios en la larga guerra contra Uganda, no los ha gastado por el imperativo moral de ver un tirano derribado ni por el buen deseo amistoso de ver a su antiguo compañero de la Universidad de Edimburgo a convertirse en Presidente: de algún sitio y con algún objetivo preciso han salido esos abundantes millones

siglos de adiestramiento, de las buenas maneras y el buen estilo de vida son las clases dominantes, las izquierdas, incluidas las revoluciones, no pueden prescindir de unas morales. Son su razón de ser. La Revolución francesa estuvo presidida por las morales —tan distintas y al mismo tiempo tan genéricas como podrían ser las de Voltaire y las de Rousseau— de los enciclopedistas; la pérdida de las morales y su conversión en maneras hicieron que todo el esfuerzo revolucionario se viera, una vez más, convertido en una sustitución de aristocracias, en una nueva religión del dinero y de la burguesía. ■